

**Directora:**

Beatriz Hernando Robledo

Subdirectora:

Pilar del Campo Puerta

Maquetación:

Rodrigo de Frutos Roé

Colaboradores:

M^a del Carmen Campos Muñoz

Marisa Regueiro

Pedro López López

Rosa Inés Pérez Donoso

Silvia Amor Monreal

Autores:

Aldo Dragaza Valverde

Álvaro Acedo Oliva

Beatriz Hernando

Begoña Bilbao García

Cristina Jiménez García-Carpintero

Cristina Sacristán Sanz

Elva Sousa Alonso

M^a del Carmen Campos Muñoz

M^a Rosario Fuertes Melero

M^a Teresa Torres de la Peña

Marta Molés Sanz

Marta Molés Sanz

Minerva Royano Martínez

Noelia González

Pilar del Campo Puerta

Rosa Inés Pérez Donoso Silvia

Amor Monreal

Salro

Sara Guíu

Tomás González Santos

Zuriñe Piña

Agradecimientos:

Luis Fernando Ramos Simón

Iuliana Botezán

Michela Montesi

Paloma Hidalgo Goyanes

Laura Prieto Guijarro José Luis González

Sánchez- Molero

J. Miguel Sánchez Vigil

Blogs amigos

[Escritores complutenses 2.0](#)

[Boletín bibliotecario \(blog UCM\)](#)

[Biblio Polis \(blog UCM\)](#)

[Cineforum –Ciencias de la Documentación](#)

[Club de lectura](#)

Fotografía de la portada: Valencia. Cigarrera /J. Laurent. Copia modificada de la utilizada en la exposición "La colección fotográfica Laurent del Museo Textil de la UCM. Tipos y Trajes Populares".

Leguein Leguein se reserva el derecho de publicación de los textos en la revista digital, atendiendo a su calidad creativa y literaria.

Todos los textos quedarán protegidos para evitar su copia. Todos los textos pueden ser leídos en el blog.

Sumario

Relatos

- Te cuento un cuento
- La visita de la parca
- Resurrección
- Sólo son palabras
- Tentaciones
- El Francés
- Manoliño
- Las luces del futuro
- La estación
- Un día antes.
- A mí también me gustaría
- Volver a los diecisiete

Micro relatos

- La carta de despedida
- Que te quise
- Quimera
- La lluvia
- Las últimas palabras de mi pilot
- La persecución
- El destino
- Traslación
- El Sol a media tarde

Rincón del poeta

Huida
Espejo

Documentación y Literatura

Un domingo en San Martín de Trevejo
“Esto es vida”: Una tarde en el huerto
Pasarela de sensaciones

Concursos

Concurso de relatos “La Biblioteca de Babel”
Aquella particular noche de San Juan
Niebla en la piel
Concurso Logotipo Revista Leguein
Leguein

Entrevistas

Entrevista a Ignacio Zubia, bibliotecario de la Biblioteca Pública de Elorrio
Cómic

Galería fotográfica

Exposición fotográfica J. Laurent:
¿Cómo se hizo?
Un día en la facultad: 18/11/2009

Nuestros autores en la Red

JuankART

EDITORIAL

Los vestidos del libro

Todos los libros se visten, todos tienen una forma de presentar sus contenidos. Hasta que la fabricación industrial, a mediados del siglo XIX, permitió la repetición exacta de las encuadernaciones, el libro tuvo un punto diferencial en el que se buscaba sobre todo la belleza. La producción mecánica democratizó la lectura, pero sesgó la creatividad. Ley de vida: siempre que damos un paso hacia delante desde la tecnología perdemos algún valor de la artesanía.

Como objeto bello, el libro siempre ha sido vestido, y continuará vistiendo ropa interior y exterior, si bien los trajes o encajes no serán de papel sino de bits o bytes en forma de tintas electrónicas, píxeles o cualquier otro sistema de representación.

Si el valor esencial es el contenido, la forma de presentarlo no es menos interesante. El invento mágico que fue la imprenta pretendió la multiplicidad, pero también la distinción dentro de ésta, de ahí la diversidad de tipos y de cuerpos.

Un texto desnudo tiene valor en su significado, un texto vestido adorna ese significado, lo envuelve, lo embellece e incluso lo trastoca con nuevos valores. Basta mirar las estanterías para entenderlo, basta la comparación de ediciones. Al vestir el libro jugamos con los sentidos, no solo con el de la vista, sino con el tacto y el olfato, incluso con el oído cuando las hojas crujen entre las manos.

Entre mis reliquias tengo una joya para la vista y el tacto, un libro en octavo, editado hace unos pocos años por Anaya, con sobrecubierta gris impresa en negro, estuchado en un simple cartón ondulado con estampación en relieve, más la cinta separadora en azul. ¿Verdad que es precioso incluso sin verlo? Se titula *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, obra cumbre de Neruda, y al tiempo que leo los versos las yemas de los dedos rozan las letras en relieve...

Al vestir a los libros buscamos la belleza, como cuando elegimos ropa para el primer encuentro.

Ganadores concursos

Concurso de relatos “La Biblioteca de Babel”:

Primer Premio: Pilar del Campo Puerta con “Aquella particular noche de San Juan”

Accésit: Víctor Villapalos con “Niebla en la piel”

Concurso Logotipo Revista Leguein Leguein

RELATOS

Te cuento un cuento Pilar del Campo Puerta

Érase una vez un grupo de palabras comunes y corrientes, que se unieron con la intención de ser tenidas en cuenta. Querían hacer historias breves que llegaran de un tirón a quien quisiera recibirlas.

El viento que las estaba escuchando, lanzó una brisa cálida y les dijo que todas sus intenciones eran CUENTO.

Quedaron sorprendidas, pues nunca habían oído ese vocablo: no pertenecía a su grupo. Entonces, curiosas, acudieron a la consulta de las más doctas, que vivían en una biblioteca.

“Mirad en los diccionarios”, les dijo un libro de autoridades. Y así encontraron varias definiciones.

Luego, investigaron por los manuales, y más de lo mismo.

Y para dar fin a su encarnizada búsqueda, las palabras acudieron a un sabio lingüista del siglo XX, D. Fernando Lázaro Carreter, quien les dijo: “Como subgénero literario épico en prosa está el cuento, que es un relato breve de una pericia inventada, sucedida a uno o varios personajes, con argumento muy sencillo. A veces tiene finalidad moral y se llama apólogo”.

Las palabras dieron un salto de alegría, pues su unión no había sido en balde.

“Sin duda, hemos creado CUENTO”, dijeron los sustantivos.

“Y es un vocablo hermoso”, afirmaron los adjetivos.

“Pero, ¿dónde está el personaje?”, curiosas las interrogaciones cuestionaron

Y el viento que en ningún momento se había alejado de ellas, les volvió a soplar imitando la voz de Horacio Quiroga: “Toma a los personajes de la mano y llévalos firmemente hasta el final, sin ver otra cosa que el camino que les trazaste. No te distraigas viendo tú lo que ellos no pueden o no les importa ver”.

Pensativas y cabizbajas porque no había a quién conducir ni trazar camino, comenzaron a hacer pucheros, pero cuando estaban a punto de que les brotasen lágrimas, un artículo masculino dijo:

“El cuento. El CUENTO puede ser nuestro personaje”.

Las exclamaciones y afirmaciones, rápidas, añadieron: ¡Sí! Entonces, contagiadas de optimismo, y con la misma algarabía que en un mercado persa, las palabras fueron creando el origen del CUENTO.

Después, decidieron añadirle un apelativo que le hiciera exclusivo. Y así fueron soltando: poético, ilustrado, fantástico, dramático, de hadas...

El viento, siempre al acecho, y como si de un hada se tratará, hizo posarse a una mariposa justo encima del DICCIONARIO LITERARIO BOMPIANI, donde entre sus páginas 2015 a 2080, encontraron una amplia muestra de resúmenes de ficciones, con sus autores.

Con la euforia de cien trotes de caballo, continuaron las palabras con más apelativos: policial, infantil, de ciencia-ficción, de terror, de aventuras ...

Y hubieran estado así por milenios, pero ya iba siendo hora de ponerse a trabajar. Entonces, más asentadas y con pulso de cirujano, decidieron ponerse, lápiz sobre papel, a construir la estructura de CUENTO.

Plasmaron la idea. Eligieron un tema. Hicieron una ficha con todas sus ideas. Comenzaron con el borrador. Lo revisaron. Y una vez satisfechas, procedieron a la redacción final.

Desde el principio tuvieron muy claro que querían empezar: “Hace mucho tiempo en un país lejano”...

Y acabar: “Felices comieron perdices”.

Pero, de repente, CUENTO, muy respetuoso, dijo que él ya estaba satisfecho de haber acaparado la primera parte de la historia, y que ahora le tocaba el turno a otro personaje.

Se lanzaron varios ¡Oh! Las palabras no daban crédito. Se negaban a esta imprevisión. Y los lances de sus quejidos semejaban un duelo de espadachines, o de corsarios, o de guerras galácticas.

Pero la más sabia de todas, don BIBLÓN apostilló:

“Está bien, pero concédenos un favor. Haciendo uso de la prosopopeya, adopta una apariencia humana”.

CUENTO, quedó perplejo. Meditó lo que dura el tránsito del invierno a la primavera, y con una pizca de reparo, pero con una cucharada de optimismo aceptó, y se hizo CUENTACUENTOS.

Pasó de ser nada más que seis letras, a tener las mejillas sonrosadas, una gorra en la cabeza, zapatillas en los pies, dos ojillos traviesos, un flequillo revoltoso; sus pantalones, dejaban ver parte de los divertidos calcetines anaranjados; una camiseta con un anuncio de bebida refrescante guardaba su delgado cuerpo; las orejas algo sucias, y las manos, con las uñas mordidas, sostenían un tomo de “Cuentos de todos los tiempos para todas las edades”.

El viento, una vez más, intruso y osado sopló: “Hay que ser exactos y breves”, que dijo Pushkin.

Las palabras recogieron el mensaje, y siguieron, hasta que vieron las perdices en cazuela.

Nadie quedó indiferente. El nuevo personaje fue capaz de dejar boquiabierto a niños y mayores; desde los polos hasta el desierto; desde la estepa a la pampa; desde los fiordos a las selvas; dejando en cada piel una sensación disímil.

Desde entonces, son muchos los que no pueden dejar de escuchar, o leer cuentos, anécdotas, apólogos, balsamías, falordías, fábulas, consejas, chascarrillos,..., que viene a ser todo lo mismo. Algunos, los más atrevidos, hasta los escriben.

El CUENTACUENTOS feliz, no deja de narrar, y difunde sus historias en los libros, en revistas, por Internet... para que llegue a todos. A veces, hasta se disfrazaba de abuelo, de maestra, de papá o de mamá.

Pero allá, donde los países son más lejanos, apenas llegan las perdices y las noches no tienen bombillas, cual mensajero, el aire, es quien lleva las historias, y la cuenta la luna.

La visita de la parca

Tomás González Santos

La clara y cálida mañana transcurría al ritmo del verano. El sol penetraba en el habitáculo del automóvil, mientras mis pensamientos se centraban en la próxima entrevista. El calor me ahogaba, el aire se volvía pesado y denso. Una fría humedad mojaba mi cuerpo. La respiración se hacía rápida y plomiza. El autobús que circulaba delante no permitía imprimir al viaje la deseada celeridad. El tiempo para la entrevista se iba acortando a la misma velocidad, que la ansiedad hacía que la carretera pareciese más larga y la cercana ciudad, cada vez más lejana.

En un claro de la carretera puse el intermitente, me desplacé a mi izquierda para adelantar al autobús. Tuve un escalofrío, a mi lado la sensación de una compañía no deseada, Cloto, me miraba fijamente, y un camión de enormes proporciones me embestía sin remedio...

El despertador con su conocida melodía me indicó la hora. Un sudor frío, helado, me empapaba. La gratificante ducha me volvió a la realidad. Tenía que ir rápido, la cita de Valladolid no podía ser una oportunidad perdida, un interesante negocio y una ocasión única me esperaban. Al salir de casa me sentí temeroso, como si algo desconocido me estuviera observando. Una fría mirada en mi espalda me siguió hasta el ascensor. Ya en el garaje el motor del auto rugió con furia, como si espantara los fantasmas que aún me perseguían, la automática puerta se elevó mansamente. La luz cegadora de la veraniega mañana hizo sombra en la cancela. La misma sensación, como una sombra pegadiza y tenaz, Láquesis, parecía mirarme, cerré los ojos y los abrí de súbito, no había nadie.

Los pinares me hacían compañía en la distancia. Olmedo, era una más que una promesa. El paso a nivel que se encuentra a la entrada del pueblo, ya era una realidad. Valladolid estaba cerca, no tuve tiempo. Solo miré a mi derecha y el tren se acercaba a mí con la fuerza de un imán, parecía volar. A mi lado una sombra sonreía, Átropos...

Resurrección

M^a Rosario Fuertes Melero

No sabía ni cómo se llamaba. Llevaba sentado en aquel banco de madera una hora y media y, sin embargo, no tenía sensación alguna del paso del tiempo.

Se preguntó qué es lo que iba a hacer a partir de ese momento. Estaba solo y sin memoria alguna. Tal vez se sentía como aquella tierna criatura desplumada que se había caído desde su acogedor nido al frío vacío de la cruel vida.

-¿Qué voy a hacer? –se preguntó. Y se oyó por primera vez su voz como un eco perdido.

Prácticamente acababa de nacer. Era un hombre nuevo y quizás comenzaría una nueva vida.

Sin recuerdos en la memoria, se le ocurrió inventarse una nueva e ideal identidad.

- Me inventaré un nombre y una ocupación. Tendré amigos y una casa nueva.

Saltó del banco como si le hubiesen pinchado. Empezó a caminar. Por el sendero del jardín no se encontró con nadie. Sólo los matorrales, las plantas y los árboles le acompañaban. Los colores de la primavera pintaban cada rincón de la floresta y, por eso, ya no se veía tan gris a sí mismo.

Sonrió y miró la luz del sol que empezaba a calentar su frío cuerpo. Los ojos se abrían radiantes de claridad. Las manos ya no estaban entumecidas. Su cuello ya no estaba agarrotado y notaba el fluir cálido de la sangre en sus venas.

Respiró muy profundamente y oxigenó cada rincón de su cuerpo para terminar de despertar todos y cada uno de sus sentidos.

Esa sí que era una auténtica resurrección. Había vuelto a la vida.

Sólo son palabras

Zuriñe Piña

Érase una vez un hombre que conocía todas las palabras del mundo, y todo lo que se pudiera fabricar con ellas. Conocía todos los poemas, libros y cuentos que se hubieran escrito y, por supuesto, no había idioma que no hablase.

Este hombre vivía en una casa hecha de libros. No es que los ladrillos fueran gruesos tomos enciclopédicos, sino que no existía el más mínimo rincón de la casa sin ellos. Excepto el salón, todos los muebles eran libros. La cama era un mullido montón de revistas y periódicos viejos. La mesa, cuatro pilares sobre los que reinaba, triunfante y soberana, un hermoso Atlas Universal.

Incluso él parecía estar hecho de libros, pues sus ropas, ásperas como hojas envejecidas, y su piel, amarillenta y apergaminada como un libro que pasó cien años en el desván, le daban el aspecto de un muñeco cubierto de páginas. Desde el fondo de sus arrugas de papel, brillaban dos diminutos ojillos negros que parecían escrutar el alma. Desde su mente, se expandía por el mundo un torbellino de palabras.

El único lugar de su casa parecido a una habitación normal era el salón. Este hombre vivía de su profunda erudición, y a cambio de un precio, recibía a solas una persona para conversar con ella frente a un café. Delante de su casa se formaba, desde tempranas horas de la mañana, una inmensa cola de gente de todo el mundo, cartera en mano, deseosa de charlar con él. Pues no había conversación comparable a una sostenida con el Hombre-libro. Una frase cualquiera, una simple palabra, parecía un eclipse en sus labios. Aparecía, deslumbraba, se terminaba, y a menudo dejaba a quien lo vivía los ojos húmedos de haber visto el sol. El Hombre-libro hablaba con sus visitantes –no le gustaba usar la palabra clientes-, y todos ellos salían del salón con las manos algo frías y el pulso acelerado de admiración, envidia o miedo.

Una mañana, apareció en la puerta una mujer. No era joven y tampoco era bonita: tenía la barbilla puntiaguda y los labios muy finos y apretados, que le daban una expresión de concentrada obstinación, de ratoncillo royendo la madera. Vestía de negro, muy sencilla, y sonreía maliciosamente cuando dijo –con exquisita educación, eso sí- que deseaba mantener una charla con el Hombre-libro.

-¿Hombre-libro? Señora, no me gusta que me llamen de esa manera.

-¿Y cómo quiere que le llame? ¿Cuál es su nombre?

-Eso no se lo puedo decir. Pero si quiere, entre y charlaremos.

No hizo ningún ruido al sentarse. El Hombre-libro sintió un escalofrío en los hombros huesudos, y preguntó:

-Bien, empecemos. ¿De qué quiere usted hablar?
-De por qué no me dice su nombre.

El Hombre-libro la miró, callado y sorprendido. Aún bailoteaba en los labios de su visitante esa irritante sonrisa de ratón. Mujeruca desvergonzada, se había atrevido a sacar un tema que debía permanecer en secreto.

-No se lo puedo decir, señora.

-¿Por qué no?

-Porque no.

Entonces ella, inesperadamente, se echó a reír. Una risa fría y juvenil como una cascada del deshielo, demasiado juvenil para la edad que aparentaba el rostro de la visitante de luto. Había oído mil voces en su vida, y ninguna mostraba tan extraño contraste entre el timbre y su poseedor. Sin poder evitar la curiosidad, preguntó:

-Oiga, ¿cuántos años tiene?

-Eso no se lo puedo decir.

-¿Por qué no?

-Porque no.

Se miraron. Dos guerreros de terracota de Siam puestos uno frente al otro, callados, ancianos, inescrutables. Vivos en su quietud milenaria.

-Nadie sabe mi edad. Ni siquiera yo. –La sonrisa de ratón se había suavizado un poco.

-Pero en su carné de identidad debe de aparecer una fecha.

-Y en el suyo, supongo, un nombre. -El Hombre-libro sonrió. –Si quiere, yo le cuento por qué no tengo nombre y usted me cuenta la razón por la que no tiene edad.

-De acuerdo.

-Conozco todas las palabras, todos los poemas y todos los idiomas. Y, sin embargo, no hay nombre que me guste que pueda aplicárseme a mí. No hay ninguno que me defina como deberían definir los nombres a las personas. Por tanto, decidí ser anónimo.

A la mujer de luto, según parece, esto le resultó aún más divertido.

-Yo soy la mujer que conoce todos los números. Conozco todas las medidas, todas las cifras, y el resultado de todas las ecuaciones. Y no he encontrado ningún número que pueda definir mi edad, mi pasado, mi experiencia.

Temblaba la mano del Hombre-libro cuando sirvió un poco de café a la Mujer-cifra. Y cuando miró las líneas diminutas de aquella mano morena y suave, supo que jamás volvería a verla, y que él ya no sería el mismo. En esa taza de café, sin que ella se diera cuenta, guardó un paquete invisible hecho de vitela: es el tipo de pergamino más delicado que existe. Dentro del paquete metió su corazón de pergamino.

Se acababa el tiempo de la visita; muchas personas esperaban en la calle. Como último regalo para quien se llevaría su corazón de pergamino, susurró una palabra a su oído: el nombre con el que le bautizaron. Y ella susurró una fecha al suyo: su fecha de nacimiento.

-La visita ha terminado. -Dijo ella, sonriendo como cuando vino, y se fue.

El torbellino hizo que los libros empezaran a caerse de las estanterías. El Hombre-libro se quedó sentado, mientras tantos volúmenes caían, pesados y polvorientos. No recibió a nadie más ese día, y tomó el café de ella con un nombre y una fecha retumbando en su mente. ¿Cuál era el nombre y cuál era la fecha? Eso nunca lo sabremos, ya que ninguno de nosotros es el Hombre-libro, ni la Mujer-cifra. Al fin y al cabo, ¿qué más da? Sólo son palabras.

Tentaciones

Salro

Se quedó allí, parado. Como si hubiese mirado directamente a los ojos de medusa.

- No puedo creerlo, es inaudito. ¿Acaso la tierra tiene forma de esfera? ¿Cómo puedes pensar que la ociosidad es del todo necesaria? En el tiempo de ocio, el diablo provee al hombre de vicios básicos y fomenta los ocultos.

- Pero, señor, ¿no es del todo injusto pensar, que la única necesidad del hombre en este mundo es la dedicación al trabajo y a la oración? Todo hombre vivo y conocedor de las verdades de este mundo, es consciente del alcance de las gracias con las que Dios nos ha bendecido. Además, si están ahí, si existen, ¿no será porque el Todopoderoso pretendía que disfrutásemos de ellas?

- ¡Estás en un error! - gritó fuertemente.

Parecía que la vena de la frente le fuera a estallar de un momento a otro. Estaba tan enojado, que el color de su cara había traspasado la barrera del púrpura. Apretaba el cordón del hábito que rodeaba su gran cintura de tal forma, que parecía que quisiese partirlo.

- ¡No es Dios quien pone al alcance del hombre semejantes astucias, sino el diablo! ¡Su intención y cometido es tentarnos y llevarnos por el camino del pecado! Tu alma, amigo mío, ya está condenada a los ojos de Dios. La Iglesia únicamente ejecutará sus deseos.

Haciendo una mueca de sonrisa, golpeó fuertemente con la mano en el apoyabrazos de su imponente trono y dijo:

- ¡Que se dispongan los preparativos para la santificación de su alma! El fuego purificador, se encargará de expiar todos sus pecados.

Alargando el brazo apoyó la mano sobre el hombro del abad y susurrándole al oído le dijo:

- Tengo entendido, mi buen amigo, que en esta abadía la hospitalidad es del todo satisfactoria para el acogido en ella, ¿no es así?

- No tema, esta noche disfrutará de los placeres de la carne como no lo ha hecho en ninguna otra parte. Además, he mandado llevar a sus aposentos dos botellas del mejor vino y viandas suficientes para un regimiento.

- Ahhhhh, ¡qué terrible cometido este que me ha designado el señor!

El Francés
Aldo Dragaza Valverde

*Ya no somos inocentes
ni en la mala ni en la buena
cada cual en su faena
porque en esto no hay suplentes
con tu puedo y con mi quiero
vamos juntos compañero
algunos cantan victoria
porque el pueblo paga vidas
pero esas muertes queridas
van escribiendo la historia*

(Mario Benedetti)

El francés llegó a Vigo como polizón de un barco que había salido del puerto de L'Havre una semana antes. Era de París, y tuvo que huir de allí después de atracar un banco con la cuchilla que usaba para afeitarse. Ahora ya nada le ataba a su país natal, excepto la morriña: toda su familia y amigos le dieron la espalda cuando lo buscaba la policía, así que lleno de desesperación se escondió en el primer barco en el que consiguió colarse.

Una vez en Vigo, buscó trabajo en el puerto y allí ganó cuatro duros, sin contrato ni seguro, descargando y cargando cajas para un pequeño almacén de venta de bogavante al por menor. Trabajaba nueve horas, y cuando los camiones llenos de crustáceo vivo llegaban de Irlanda a veces incluso entraba a las seis de la mañana, para no salir hasta las cinco de la tarde. Pero aún con extras, su sueldo semanal no llegaba a los 120 euros, viviendo con lo justo para pagarse la habitación de un piso compartido y algo que llevarse a la boca.

A los pocos meses se hizo un esguince cuando llevaba unas cajas de marisco de un almacén a otro, resbalando en el suelo mojado del muelle. Como finiquito, el mandamás del negocio le pagó lo que le pertenecía por esa semana menos veinte euros, “y tendría que restarte aún más por todo lo que se fue al suelo cuando caíste, ¿sabes cuánto dinero perdí por tu culpa?” fue todo lo que logró sacarle a su jefe, precediendo a un “y no quiero volver a verte por aquí”.

Es cruel que te cuenten cosas así, yo aún no lo conocía en aquella época. Cuando yo conocí al Francés ya vivía en el cajero automático.

Fue mediante mi amigo Javi, que trabajaba en la plaza repartiendo periódicos y cuando acababa se sentaba con los tres vagabundos a fumar un cigarro. Alguna vez coincidí con ellos cuando iba a clase a segunda hora, y a veces me quedaba con ellos hasta la hora del recreo. El bachillerato no me atraía nada,

sin embargo las charlas con aquellos tres hombres eran de lo más productivas y aportaban más enseñanzas que cualquier clase de Instituto. Es interesante oír las cosas que te dice gente que vive en la calle, aprendes a valorar realmente las cosas. Algunas veces ni siquiera hablábamos de nada interesante, pero me reía mucho debatiendo con el Francés sobre quesos, defendiendo yo al queso de tetilla, replicando él que cualquiera de los 365 tipos de queso que tienen en Francia era mejor que el nuestro. “No discutáis, el mejor es el que hay dentro de mis zapatos” decía entre risas Luisito, el del Caixanova de la calle Camelias; “o al menos es el que mejor huele”.

Aquellos meses intentábamos ayudarles con lo que fuese; así, Javi les prometió una comida de plato y cubiertos si aguantaban una semana sin beber. Luís y Vicente no aguantaron ni dos días, pero el Francés logró llegar al domingo sin una gota de alcohol, o al menos en el tiempo que pasamos con ellos no mostró signos de embriaguez ni mal aliento (al menos, no tanto como el habitual), así que el domingo se fueron los dos a comer a un buen mesón del barrio. Y que bien le sentó aquella tortilla de patatas y aquel pulpo “á feira” al Francés, nunca lo había visto sonreír tanto como aquella tarde de domingo en los bancos de la plaza de la Independencia. Tuve un profesor que nos explicaba que había una diferencia enorme entre las caras de la gente que pasean por la ciudad al mediodía y las caras de los transeúntes a las cuatro de la tarde. “Después de comer, veréis como la gente sonrío el doble”, aquella tarde le di la razón.

Yo les di algunas ropas, y el Francés se quedó con un chándal del Celta que yo ya no usaba, desde aquel momento siempre intentaba ver el resumen de los partidos desde el exterior de alguna cafetería. “Ya que no puedo seguir a mi Olympique, ahora soy también del *Selta*” decía un orgulloso Francés con aquel acento tan característico. De todas formas los lunes yo solía pasarle el parte, tanto de la liga francesa como de la española, y disfrutaba detallándole los goles y reviviendo con ellos en la Plaza las mejores jugadas.

Por el mes de abril el periódico gratuito que repartía Javi cerró. Cosas de la crisis, ya nadie se publicaba en él, y sin publicidad esos periódicos no pueden sobrevivir. A eso hay que unirle que yo estaba en plena época de exámenes, por lo que rara vez salía ni siquiera para ver la luz del sol, así que dejamos de estar a menudo con nuestros amigos sin techo.

Hace pocas semanas pasé por la calle Uruguay y me encontré al Francés semi-tumbado en la entrada a un garaje, tapado con una manta de colores que había encontrado en la basura y ataviado con aquel abrigo de mujer que lo hacía tan cómico; “Me *pareso* a Napoleón” decía sin perder su buen humor. A su lado, la mochila agujereada que contenía sus otras (pocas) ropas, sus botas de montaña que siempre llevaba y un tetra-brick. Fue una alegría enorme verlo, le invité a un cigarro y me fue contando como le iba la vida. Me contó que procuraba beber sólo

un litro al día, “y mesclado”. Lo justo para no pasarse, según él. También me contó que días atrás una señora había despertado a Luis, diciéndole que sus días durmiendo en los cajeros se habían acabado, y que le prepararía el sótano de su casa para que pudiese dormir allí, pero que éste no sabía si aceptar la invitación porque temía que fuese una fantasía sexual de la anciana y quisiera de él unos servicios que no estaba dispuesto a prestarle. “Fantasía sexual... va a ser eso”, pensé yo intentando aguantar la risa. Me siguió contando que pretendía volver a Francia, “pero al Sur, que es más tranquilo”; ya que tenía un contacto que le conseguiría una identidad falsa. Cuando hablaba de volver se le inundaba la boca.

Le regalé lo que me quedaba en la cajetilla y continué mi camino, prometiéndole unas cañas la próxima vez que nos viésemos; “pero sin alcohol”, exclamó él riéndose, “que por aquel *entonses* ya lo habré dejado”.

Y algo de razón tenía; la verdad es que no lo volví a ver. Y aún tengo en mente la imagen del periódico, la manta de colores que tapa un cuerpo ataviado con el chándal del Celta que yo le regalé, en posición fetal sobre un banco de la Plaza. Sí, es el mismo banco en el podíamos hablar tanto de quesos como del tiempo, qué más daba. Había un cartón de vino al lado del cuerpo. “Protesta en la Plaza de la Independencia por la muerte de un vagabundo”, leo en el titular, “Las asociaciones piden al Gobierno de la Xunta la creación de un albergue con urgencia”.

Y tanta falta que hace, seguro que el Francés se encontró aquella noche el cajero cerrado y allí quedó, dormido en el banco, con el chándal, el abrigo de mujer y la manta que no fueron quién de frenar aquella ola de frío.

Manoliño
Aldo Dragaza Valverde

*Por eso las estaciones,
saben a muerte y los puertos
por eso cuando partimos
se deshojan los pañuelos.
Cadáveres vivos somos,
en el horizonte, lejos.*

(Miguel Hernández)

Hace poco me contaron la historia de un hombre que tenía un problema muy serio. Se trataba de un marinero de las Rías Baixas que nació con un problema fisiológico que hacía que sus ojos no lubricasen bien, por lo que le costaba dormir e incluso pestañear.

Mientras era un niño esto preocupó mucho a sus padres, que vieron como su hijo no pegaba ojo ni echándole unas gotitas de agua: agua del mar, agua del río e incluso acabaron probando con agua bendita. Pero no había manera, sus ojos absorbían el líquido rápidamente para volver al principio.

Unos años después, Manoliño se había acostumbrado a dormir tres o cuatro horas por noche antes de salir a pescar con su gamela. Hubo un tiempo en el que cortar cebollas antes de acostarse le ayudaba, pero su cuerpo acabó acostumbrándose a ellas y estaba como al principio.

Según me dijeron, Manoliño siempre contaba que la noche que mejor durmió fue después de trillarse el pulgar con la puerta del baño, cuando sus lágrimas, junto al cansancio, hicieron olvidar el dolor del golpe.

Pero parece ser que el antídoto total llegó con el paso de los años, cuando tuvo que tomar la decisión más difícil de su vida: emigrar. Una vez en Caracas, cada noche salía a la terraza de la pensión y mientras fumaba un cigarrillo miraba a las estrellas que pronto pasarían por su tierra. Y cuentan que antes de dormir, Manoliño veía como el sol se ponía detrás de las islas Cíes, mientras escuchaba las olas batir con las rocas bajo sus pies. Y era entonces cuando la morriña le sacaba un par de lágrimas a Manoliño, con las que se metía en cama para dormir tranquilo. Más tranquilo que el mar de la ría.

Las luces del futuro
Cristina Sacristán Sanz

Fugaz. La vida es silenciosa y fugaz como un rayo. Momentos instantáneos, felices y tristes. Desgraciadamente tengo más de estos últimos. La existencia con mi pareja se limita a seguir un camino en línea recta que no se sabe adónde llega...

Vivir el día a día con una persona anodina pero a la cuál se quiere mucho, es algo muy difícil de llevar; y más cuando se es el otro extremo en todos los aspectos. Todo eso cambió cuando un día, por motivos de trabajo, él se mudó a París durante unos meses y yo le acompañé. No es que me hiciera mucha ilusión ir, pero por algo que cambiara mi rutina...

Un día, subimos a la torre Eiffel, y a media noche, me cogió la mano y delante de la gran ciudad me dijo la frase con la cualquier mujer sueña -¿Te quieres casar conmigo? Le miré atónita. Pero al abrir la boca para contestar, todo se inundó en una intensa oscuridad. Un apagón sirvió para cambiar mi vida.

Me dí cuenta de que si hubiera contestado, habría cometido el mayor error de mi vida: asegurar la vida que llevaba. El destino, por una vez, había hablado y tengo que agradecersele.

La estación

Marta Molés Sanz

Era un día lluvioso. Se había puesto su mejor vestido. Se peinó su larga melena color caoba. Se maquilló resaltando sus grandes ojos verdes, que lucían como dos esmeraldas. Todo tenía que estar perfecto.

Caminaba bajo la lluvia con paso firme y constante. Llevaba tanto tiempo esperando ese momento, que no podía creer que estuviese sucediendo. Las gotas de agua la empapaban, y probablemente al día siguiente tendría un gran resfriado, pero todo eso no le importaba. Pronto llegaría a su destino, la estación de tren.

Era un lugar muy dañado por la guerra, pero todavía seguía teniendo esos pequeños detalles que hacían de ella un lugar especial: el viejo reloj, los bancos gastados por el paso del tiempo, el antiguo quiosco... pero, sobre todo, seguía conservando en el ambiente ese aroma de reencuentro. Ese aroma de esperanza.

Apenas le quedaban unos metros, y ya podía oír el anuncio del tren que llegaba. El tren que traía su futuro. El tren que un día le arrebató todo. Por fin, tras diez largos años de espera, él volvía. Regresaba a casa. Regresaba con ella.

Buscó refugio bajo un viejo tejado metálico que amenazaba con caerse en cualquier momento. Ya quedaban apenas unos pocos instantes. El tren empezaba a detenerse, hasta que, finalmente, se paró por completo.

La puerta se abrió, y entre el humo que echaba el mismo tren, pudo distinguir su silueta. Pudo distinguirlo. Él la buscaba con la mirada. Ella se lanzó a la caza de esa mirada. Se miran. Se acercan.

-Te he echado mucho de menos. No veía el momento de volver a reunirme contigo-dijo él.

-No hables- le contestó ella. Y acercándose, le besó lentamente.

Su rostro denotaba cansancio, agotamiento, muerte...todo aquello que la guerra da. Pero sin embargo, todo eso se le olvidó cuando por fin la estrechó entre sus brazos. Cuando después de tanto tiempo pudo volver a saborear sus labios de nuevo.

Miles de miradas se clavaban en ellos. Unas denotaban odio; otras, alegría; otras, envidia; otras, tristeza...Pero ellos eran ajenos a todo eso. Por fin estaban juntos, y nada ni nadie podría arrebatárles ese precioso momento.

Sin embargo, de repente todo cambió. No se oía nada, excepto la sirena que anunciaba un ataque próximo.

La vieja estación se llenó de humo y la gente empezó a gritar. A huir despavorida. Intentado escapar del horror de toda aquella pesadilla.

Pero para ellos nada ocurría, solo existían los dos. Nadie más. Ni gritos. Ni gente. Nada.

De repente, tras una gran explosión se pudo ver una gran bocanada de humo negro a cientos de kilómetros de distancia. La estación había sufrido el ataque de una bomba. Toda ella quedó carbonizada. Pero a pesar del terrible ataque y gracias a los avisos anteriores, se había conseguido evitar una desgracia. Habían salvado la vida de cientos de personas. De cientos de personas excepto de dos. Cuyos cuerpos se encontraron unidos por el lazo del amor, un lazo que ya no se desataría jamás.

Todavía recuerdo ese día. Aún hoy, después de tanto tiempo, y desde dónde estoy ahora, no me arrepiento de nada. No me arrepiento de no haberme movido. No me arrepiento de quedarme junto a él. Fueron los momentos más felices de mi vida. Aquel beso fue el bálsamo para mis heridas. Fue la cura de todos mis temores. Fue la culminación de mi existencia.

Hoy te escribo a ti, querido lector, para que recuerdes mi historia. Para que no olvides que el amor nos vuelve ciegos y sordos a los ojos del mundo. Pero sobre todo, para que recuerdes, que las decisiones más pequeñas pueden cambiarte la vida...o incluso, la muerte.

Un día antes.
Cristina Jiménez García-Carpintero

En un lugar perdido de la selva amazónica vivía una tribu de indígenas no muy grande. Tan solo constaba de cuatro familias muy numerosas, de unos treinta miembros cada una. Por la tarde los niños de la tribu iban a jugar cerca del río. Tara y Lira, las más pequeñas, estaban muy vigiladas por sus correspondientes familias. Con nueve años, eran muy traviesas y les encantaba escaparse para hablar y mirar hacia el cielo. Por el día buscaban figuras en las nubes; por las noches, las formaban con las estrellas y la luna. No tenían mucha idea sobre astrología. Alguna vez habían escuchado hablar al sabio anciano sobre constelaciones, aunque eran demasiado jóvenes para entender de qué hablaban.

El día 15 de julio de 1969, Tara y Lira se volvieron a escapar por la noche, y como de costumbre, se fueron al río para observar detenidamente las estrellas. Ese día se les hizo muy tarde y se quedaron dormidas mirando la luna. Ambas tuvieron el mismo sueño. Un viaje espacial cuyo destino era la luna. Ninguna sabía que había pasado, sólo se les ocurrió ponerse a jugar en aquella superficie tan extraña. Tara escribió sus nombres en el suelo y de repente se despertaron sobresaltadas. No sabían que había sucedido; pero si intentaban explicarlo, nadie les creería.

Cuando fueron más mayores y su pueblo ya estaba más civilizado, se dieron cuenta de que habían estado en la luna un día antes que el resto de la humanidad; y que dos de las constelaciones más importantes llevaban sus nombres.

A mí también me gustaría
Minerva Royano Martínez

Estaban los dos sentados, uno en frente del otro. La chica tenía en las manos una taza ya fría de café y miraba a aquel hombre de cara risueña e inocente como la de un niño a pesar de tener ya ochenta y tres años.

-Sí- dijo la chica-, mi abuelo me contaba muchas historias de su infancia. ¿Quiere que le cuente una?

-Claro- dijo el hombre con voz ilusionada.

-Pues verá...

Cuando mi abuelo era pequeño, tendría unos seis años, su padre se lo llevaba al campo con él. Su padre era jornalero y trabajaba con varios amigos suyos haciendo picón. Y mi abuelo se dedicaba a vigilar los pucheros que los hombres dejaban al fuego, para que no se quedasen sin agua... que no se quemase la comida...esas cosas.

Un día, de repente, mi abuelo vio que todos los hombres iban corriendo hacia el encinar en el que estaba cuidando la comida. Su padre le cogió en brazos y le subió lo más alto que pudo al árbol más cercano. Después se subió él.

Mi abuelo no sabía lo que pasaba y le preguntó a su padre.

-Padre, ¿qué pasa?- dijo mi abuelo.

-Calla niño, que viene una vaca brava-contestó su padre.

Tal y como dijo su padre, de repente se vio llegar un bicho enorme y negro con dos grandes cuernos que arremetió contra los pucheros con furia. Cuando terminó de desparramar la comida, fue corriendo hacia los árboles. Mi abuelo empezó a llorar y eso enfureció más a la vaca.

Los otros hombres gritaban para alejar al animal del árbol en el que estaban mi abuelo y su padre, cosa que pareció funcionar. Justo cuando la vaca se dio la vuelta, se resbaló al pisar un cazo vacío. El padre de mi abuelo bajó de un salto, y aprovechando el momento, le cogió de los cuernos y le hundió uno en el suelo.

-¿Qué pasó después? - preguntó el hombre sentado enfrente de la chica.

-Después eso, -contestó sonriendo la chica- que llegó el mayoral y agradeció al padre de mi abuelo haber parado a la vaca.

-¡Qué historia más interesante! A mí también me gustaría tener una aventura así.

En ese momento llegó un enfermero buscando al hombre para llevarle de nuevo a su habitación.

-Bueno joven, ha sido un placer conocerla. ¿Viene usted a menudo?

-Sí,- contestó ella con voz triste- una vez al mes.

Cuando el hombre y el enfermero se iban por el pasillo, la chica cogió el móvil.

-Hola mamá... Sí, el abuelo está bien... Sí, se lo acaban de llevar a la habitación... Pues el enfermero dice que ha dormido bien, sí...

Volver a los diecisiete
M^a Rosario Fuertes Melero

La canción no paraba de sonar: *“El amor con sus desvelos, al viejo lo vuelve niño y al malo, sólo el cariño, lo vuelve puro y sincero”*.

Había estado oyendo aquella bella canción durante toda la tarde. No me había movido del sofá ni para alzar la vista y comprobar la hora en el reloj de pared. Allí, en la oscuridad, sin pensar en nada; me daba cuenta que las horas no avanzaban. Las horas resbalaban como inútiles pisadas en el barro. Una y otra vez. - Así no se va a ningún lado- pensé.

Me incorporé en el sofá y miré la luz de la habitación, al otro lado del patio. La claridad del bloque de enfrente despegó mis ojos cerrados y perezosos.
-¡Hoy íbamos a ver el piso nuevo y ahora me dices que no! –vociferó una mujer haciendo aspavientos de manera exagerada.
-No es culpa mía –respondió él- me olvidé por completo del tema. Lo siento de veras. Tengo tantas cosas en la cabeza... El trabajo me está desbordando y está ocupando la mayor parte de mi tiempo – se disculpó de forma apurada.
-¡Todos los días igual! –gritó ella- Y yo aquí, esperándote, como una tonta.

Pero yo sólo oía la canción en el fondo de mi mente, una y otra vez: *“... y al malo sólo el cariño lo vuelve puro y sincero”*. Una bella canción y al otro lado la guerra declarada entre una pareja que discutían por cualquier tontería. ¿Era todo aquello necesario? ¿Era a caso necesario desperdiciar, de esa manera, las fuerzas en algo tan inútil como discutir por una tontería?

Se hizo un silencio. Las voces dejaron de atronarme. Vislumbré una sombra de dos cuerpos fundiéndose en un bello abrazo. Pensaba si se había dado la coincidencia... ¿habían estado escuchando la sempiterna canción que me había estado acompañando, cual satélite fiel, durante las últimas luces del día? O, a lo mejor, ¿habían recapacitado para dejar a un lado sus diferencias? A mí la primera opción me parecía más ideal y así quise que pareciese. Sonreí ante la bella imagen de reconciliación que se reflejaba al otro lado del patio.

MICRO RELATOS

La carta de despedida

Begoña Bilbao García

Entre nervios se miraron, pero no pudieron resistirlo. Se besaron una y otra vez... Con una caricia la encerró entre sus brazos. Se besaron una vez más, sin saber que esa sería la tarde de su final. Ella se encontraba dentro de un sueño eterno, pero con lágrimas en los ojos, decidieron que sus vidas debían separarse. Qué difícil es el amor.

Como despedida se escribieron una última carta llena de recuerdos.

Que te quise
Noelia González

Algún día me vas a ver de otra forma. Te vas a girar y vas a decir que me quisiste y yo voy a pensar que el mundo a veces es injusto e ingrato. Vas a pensar que el azul no es solo un color mediocre, y que al fin y al cabo si pudieras elegir, nunca elegirías un color, sino poder volar.

Tal vez vas a sonreír y pensar que no fui tan cruel y que cuando te miraba a los ojos te decía la verdad. O en el peor de los casos, vas a descubrir que nunca aprendí a mentir y que era cierto que te amaba. Que te quise bailar en cada rincón del planeta, en cada orilla de la ciudad...

Quimera
M^a del Carmen Campos Muñoz

A estas alturas ya no era capaz de discernir en qué medida aquella situación era consecuencia de sus actos o responsabilidad del destino. No sabía qué decisiones habían sido las equivocadas, ni cuándo había tenido la opción de cambiarlas. En realidad, ahora ya poco importaba y sintió un profundo alivio cuando se dio cuenta de que ya nada podía hacer ella para cambiar las cosas.

Se levantó despacio. Después de muchos años, no tenía prisa por llegar al trabajo. Decidió con detalle qué iba a ponerse, porque sabía que necesitaría sentirse muy segura. Desayunó sentada como nunca lo había hecho, ni siquiera los fines de semana.

Cuando salió a la calle y vio el intenso sol reflejado en los coches y en los escaparates, se sintió afortunada por ir a firmar ese finiquito liberador. Adiós a la presión, a la humillación y a la injusticia a la que se había visto sometida en los últimos años. Por fin podría disfrutar de aquello que realmente deseaba hacer.

Ni siquiera era una víctima directa de la crisis, aunque la lista del paro se inflaba un poco más con ella. Más bien había sido esclava de la presión y la crispación de cuanto rodeaba el mercado financiero para el que trabajaba, y de unos jefes que sólo entendían de beneficios. Pensó, una vez más, en la cantidad de personas que estarían en su misma situación y por una vez, no sintió rabia ni resignación. Sólo oportunidad.

La lluvia
M^a del Carmen Campos Muñoz

Llevaban semanas anunciando la mejor lluvia de estrellas de las últimas décadas. Hasta dentro de un siglo nadie volvería a tener la oportunidad de presenciar un espectáculo estelar de esta magnitud. Cuando desplegó su silla, montó su nuevo telescopio y se acomodó mirando hacia arriba, el cielo empezó a cubrirse con intensas nubes que dieron lugar a la lluvia más larga y más intensa de los últimos cien años.

Las últimas palabras de mi pilot
Álvaro Acedo Oliva

Trátame con mimo y cariño, en estas, mis últimas horas contigo. Casi me has gastado hasta la última gota de mi esencia, y ahora me fuerzas y presionas para quitármela del todo.

Quiero que sepas, ahora que está próxima nuestra inevitable separación, que fue un placer escribir contigo.

Firmado: Tu
bolígrafo.

La persecución
Marta Molés Sanz

Corría. Estaba empezando a quedarse sin aire. Pero no podía parar. Cada vez corría más y más deprisa. Se encontraba al límite de sus posibilidades, pero sabía que si se paraba sería el fin. Todo comenzó el día que le conoció. Se hicieron amigos en seguida. Se compenetraban muy bien. Llegaron a ser incluso como hermanos. Pero un día todo se torció. Nadie sabe por qué, pero de repente todo terminó. Alcohol. Gritos. Patadas. Un cuchillo. Sangre. Y allí se encontraba ahora, huyendo de las consecuencias. Evitando lo inevitable. Quiriendo escapar de ella. Ella que apareció sin que nadie la invitase. Ella. La culpa.

El destino

M^a Teresa Torres de la Peña

Sonia corrió a la parada del autobús, justo a tiempo para coger el que salía hacia su destino. Cuando salió de la estación de autobuses, volvió a correr para no perder el tren, que en ese momento salía hacia su destino. Una vez que llegó al final de trayecto, tuvo que darse prisa para tomar el avión que salía hacia su destino.

Traslación
Sara Guíu

Sin motivo, de repente, fui consciente de mi estado. Solo veía una extraña oscuridad luminosa, pero otros sentidos percibían mi relax. Tumbada, con los músculos distendidos, notaba la dura pero a la vez moldeable arena sobre mi espalda y mis piernas. A pesar de la brisa fresca que venía a mis oídos, del rumor lejano de las olas, mi piel estaba caliente por el sol que me acariciaba. Olor a sal y agua. Mi respiración se acompañaba con aquel rumor lejano. Nada me preocupaba.

Como para asegurarme de encontrarme así, inconscientemente, apreté con la fuerza que dio mi mano, la arena. Entonces, a pesar de la paz que disfrutaba, desperté en mi pequeña y céntrica habitación madrileña. Noté la arena resbalar por mi mano.

El Sol a media tarde
Elva Sousa Alonso

Era una tarde soleada y todo parecía perfecto. Estaba allí sentada junto él, y para ella no hacía falta nada más.

María no sospechaba que en esa misma tarde todo su mundo cambiaría, y que aquella imagen de felicidad no sería suficiente para afrontar lo que iba a suceder.

RINCON DEL POETA

Huida

Zuriñe Piña

Mientras huyen las últimas horas

Del día que se termina

Mis dedos siguen manchados

De recuerdo lejano y tinta.

Espejo
Beatriz Hernando

La transparencia de su cuerpo
me dejaría ver el mío.
Pero no. Mis ojos no me permiten
ver más allá de su rostro.
La claridad de su alma
se ve teñida por mis sentimientos
y yo me traduzco,
me convierto en él.

Poco a poco y minuto a minuto
mis marrones ojos se vuelven verdes,
mi cabello oscuro es ahora claro,
los labios, antes míos, los suyos,
suaves y calientes son fogosidad.
Sus manos, mis manos, dos amantes
que se pierden en la inmensidad.

Pero el tiempo transcurre
y la realidad regresa
con artificiales rayos que la iluminan.

Se ha ido, fugaz como la luz.
Vuelvo a ser yo de nuevo.
Sólo yo.
Víctima del espejismo del amor.

DOCUMENTACIÓN Y LITERATURA

Un domingo en San Martín de Trevejo

Rosa Inés Pérez Donoso

Hoy ha sido un gran día para mí, un domingo totalmente diferente al resto. Mi mamá me ha despertado muy temprano, porque íbamos a ir toda la familia, es decir, mis hermanos, mis abuelos, mis papás y yo, al pueblo de mi abuelo que se llama San Martín de Trevejo. Por suerte, como yo abulto poco y mis hermanos también, entramos todos en el Seat 124.

Mi papá se portó muy bien porque no fumó en todo el recorrido. Tardamos una hora en llegar. Mi mamá me había puesto mi vestido preferido, el de las flores rositas y una chaquetita por si hacía frío. Cuando he llegado a San Martín de Trevejo, toda la familia de mi abuelo me ha dicho que soy una niña muy guapa y muy buena. Después he saludado a mi prima Virginia, que dicen que nos parecemos mucho, aunque yo soy más mayor que ella.

Mi prima estaba vestida con un traje muy raro, que se parece a uno que tiene mi abuela guardado en el armario, pero el de mi prima es más pequeño. Hemos ido a misa porque eran las fiestas y mi prima no se ha quitado el vestido para ir. Cuando hemos llegado a la iglesia, había muchas señoras con el mismo vestido de mi prima.

Luego los mayores nos han llevado a los bares y me han dejado tomar refresco de naranja. Estaba muy rico. En casa nunca me dejan tomar refresco de naranja porque dicen que no es bueno para los niños.

Después hemos ido a casa de Maribel, que es la mamá de Virginia. Mi prima se ha puesto otro vestido con barquitos pequeñitos y hemos jugado. Mamá me ha llamado y me ha dicho que me iban a poner el vestido raro de mi prima que querían sacarme unas fotos. No me gusta este vestido porque da mucho calor y me hago un lío con los flecos, además los pendientes pesan mucho y me duelen las orejas, pero a mamá no se le puede decir que no, porque en el cole nos dicen las hermanas que tenemos que ser buenos y obedecer a los mayores.

Me han puesto hasta un bolso, y me han sacado muchas fotos. He intentado aguantar pero al final ya me he puesto a llorar porque los pendientes eran muy

largos y el vestido me daba mucho calor. Mamá no se ha enfadado conmigo, me ha cogido de la mano, me ha dado un beso y me ha puesto mi vestido preferido que es el de las flores. ¡Qué guapa y buena es mamá!

Después hemos comido todos juntos. Mi abuela, que la quiero mucho me ha partido el filete. Hemos dormido un poco y cuando nos hemos despertado nos hemos pasado toda la tarde jugando. Me ha dado mucha pena despedirme de mi familia de San Martín. Nos hemos prometido que nos visitaremos más a menudo. En el camino, me ha cogido mi abuela y me he quedado dormida en su regazo, ¡qué bien se duerme en sus brazos!

Este pie literario es resultado de una práctica de la asignatura "Documentación Fotográfica e Iconográfica" impartida en el "Máster de Gestión de la Documentación y Bibliotecas" durante el año 2009-2010.

“Esto es vida”: Una tarde en el huerto
Texto y Fotografía: Beatriz Hernando Robledo



Aquella mañana del verano de 1992 mis padres y mis abuelos habían decidido que pasaríamos el día en el huerto. Así que mientras las mujeres preparaban la comida para llevar; una tortilla de patata, unas chuletas envueltas en papel albar, las bebidas y las servilletas, mi abuelo y mi padre se encargaban de que el Renault estuviera listo para aguantar el camino hasta el huerto y no nos dejara tirados. Una vez en el coche iniciamos el camino de media hora hasta el huerto. Mi abuelo aparcó el coche en la carretera, lo más cerca que se podía del huerto y bajamos atravesando un pequeño riachuelo que ya apenas lleva agua.

Mientras los hombres de la familia descansaban en la mesa y mi abuela recogía, yo, con mi vestido de flores, mis zapatos y un corte de pelo a lo chico que me habría hecho mi madre, cogí la regadera más grande, porque aunque habían comprado una echa a mi tamaño, yo seguía prefiriendo la azul y no la rosa, y me puse a regar la parra del huerto.

Ahora han pasado los años y ya nada es lo mismo, la mesa de piedra con sus azulejos azules sigue en su sitio y las sillas y la regadera guardadas en la caseta, pero ni el pozo lleva agua, ni el riachuelo que antes teníamos que cruzar, ni siquiera la entrada es la misma. Las hierbas altas han cubierto la caseta y ya nada se puede ver desde la carretera. Sabes que está ahí, quizá con un destino en venta, pero no se ve, y qué decir de la escena. Mi madre ya no está detrás de la cámara haciéndome una foto para recordar que algún día llevé vestido y el pelo corto, y cómo actor secundario ya no puede aparecer mi abuelo, (qué alto era y en qué poco se quedó después). Se lo llevaron tres paquetes de Marlboro al día, y un trabajo entre el serrín y el barniz. Ya no hay niñas, grandes ni pequeñas, ya no hay columpios que suenen. Sólo el ruido de cortacésped que mi padre pasa un día en verano. El mismo silencio que hay entre nosotros.

*Este pie literario es resultado de una práctica de la asignatura "Documentación
Fotográfica e Iconográfica" impartida en el "Máster de Gestión de la
Documentación y Bibliotecas" durante el año 2009-2010 por la alumna Beatriz
Hernando Robledo.*

Pasarela de sensaciones
Silvia Amor Monreal

“El Corte Inglés, cadena de grandes almacenes líder en España pone a tu alcance una amplia oferta de ropa infantil de la temporada de verano”

Este pie literario es resultado de una práctica de la asignatura "Documentación Fotográfica e Iconográfica" impartida en el "Máster de Gestión de la Documentación y Bibliotecas" durante el año 2009-2010 por la alumna Silvia Amor Monreal. No tiene ningún fin publicitario de la marca.

CONCURSOS

VII Concurso de relatos "La Biblioteca de Babel"

Aquella particular noche de San Juan

[Relato ganador del VII Concurso de literatura de la UCM "La Biblioteca de Babel"]

Pilar del Campo Puerta

Era el más bello espectáculo que jamás había contemplado. Los destellos rojos, azules y anaranjados se sucedían incansables llenando el infausto firmamento ausente de luna. Las llamaradas ascendían activas con la misma burbujeante alegría que el cava alcanza el borde de la copa antes de ser paladeado.

Al tomar la primera curva asomó un lateral. Entre la segunda y tercera inflexión del camino la casa jugaba a aparecer aumentando cada vez más su presencia; en la última casi estaba completa, aunque todavía distante.

La fogosa presencia también aumentaba alentada por Agní, Hefesto, Pelé, Kitzihata... mientras en la radio del coche sonaba Carros de fuego. Se detuvo en seco para examinar qué pasaba. La casa. La casa era el foco de luz. La casa ardía en aquella particular noche de San Juan. Luego aceleró.

No podía dormir. El calor sofocante la tenía atrapada. De haberse puesto el termómetro, el mercurio se hubiera desbordado como la espuma de la leche al cocer. El plazo espiraba en un tiempo que no tenía y en la mente la conexión de ideas era caso perdido. Había bebido dos latas isotónicas para reconciliarse con el quehacer, a sabiendas que con el sueño iba a ser imposible, pero lejos de alcanzar sus propósitos, las neuronas se dispersaron.

Desvanecida ya la iniciativa del trabajo intenso, como se deshace el hielo fuera de la nevera, y visto que, como siempre, la vivienda de la ciudad no se aliaba a su esfuerzo ¿por qué esperar al fin de semana para ir a su retiro y empezar a poner orden en los papeles de la cartera? Quería comprobar de una vez por todas que la inversión había merecido la pena; además, estaba dispuesta a quedarse allí hasta conseguir su objetivo: concluir la dichosa traducción de sánscrito.

Tomó la pequeña bolsa que siempre estaba preparada por si acaso y se perdió en la noche con el mismo impulso de un perfume de anuncio. Allí ya tenía todo lo imprescindible para trabajar cómodamente, solo era cuestión de no olvidar la documentación necesaria y de invocar las ganas de trabajo. Entretanto a la memoria le vino cómo tomó la rápida decisión y soltó un ¡Me quedo con la casa! que paralizó a todos, dibujando el pasmo en sus rostros.

La conversación que entre herederos había comenzado con un intercambio de opiniones acabó de forma repentina. En el fondo, todos hubieran querido decir la última palabra, pero su impronta innata e inoportuna, se adelantó: ¡Me quedo con la casa! Paralizados, hieráticos y con las palabras que no dijeron yéndose por el desagüe de sus propios intestinos, preguntó el primero que salió del coma:

- ¿Por qué?

- Necesito un sitio para refugiarme a meditar, para trabajar, para evadirme.

- ¿Para cuando la quieres? –preguntó el segundo sobrepuesto.

- En cuanto os entregue el dinero.

- ¿Podremos disfrutar del verano juntos como cuando éramos pequeños? – la tercera reanimada intervino.

- Me temo que no. En unos días mi abogado se pondrá en contacto con vosotros.

- ¿Cómo sabremos que todo está...? – se interesó el cuarto, que atento había ido asimilando las palabras de unos y otros antes de pronunciarse.

- ¿No te fías? Habrá una tasación justa.

El quinto no abrió la boca, pero ella se adelantó:

- Espero Perico, que si eres capaz de administrarte, tendrás tu vida resuelta hasta el final- Y se mordió la lengua después de pronunciar el vocablo. Todos presentían cerca el final de Perico pero nadie se atrevió a mencionarlo, pero en ese momento ella se sintió más poderosa que el resto.

La convivencia veraniega con los primos en la casa no estuvo mal en los primeros años. Ovidio era el mayor y bien que lo demostraba. Su palabra era la primera y la última, y los demás debíamos acatar sus mandatos sin rechistar cuando nos

obligaba a perpetrar las más insólitas y descabelladas travesuras; luego, si alguno salía malparado imploraba perdón con hipócrita voz de arrepentimiento mientras nos advertía no decir nada a las mamás ni a la tía. “Sólo es un juego”, recalaba. Y nos obligaba a jurar silencio ante la cruz que había en la habitación cerrada y oscura que había sido de la abuela y raramente se visitaba pues, como decía Ovidio, una parte de su espíritu se había quedado allí para observar el comportamiento de todos menos el suyo, que para eso era el nieto mayor y su ojito derecho. Nos metió tantas trolas sobre la abuela y su insistencia de no abandonar la casa, que llegamos a cambiar el cariño de cuando viva por odio cuando muerta.

Las mamás eran la tía Sacramento, la tía Conso, de Consolación y la tía Beatriz. Estaban casadas con el tío Nicolás, el tío Serafín y el tío Gustavo, respectivamente. Sacramento y Nicolás eran los padres de Ovidio y Juana María; Conso y Serafín, bendita hora para compensar la perversidad de Ovidio y la altanería de Juana María, aportaron a Tadeo, el benjamín, y a Otilia, ya boba desde la cuna. Por último, y a juicio de la mayoría, la pareja más hermosa era la de Beatriz y Gustavo de la que descendíamos Perico y yo. Y todos compartíamos a la tía Leonor. La tía Sacramento y la tía Leonor eran las hermanas del tío Gustavo; el tío Nicolás era ahijado del abuelo. La tía Conso y la tía Beatriz eran hermanas. Al tío Serafín, primo hermano de la tía Sacramento, la tía Leonor y el tío Gustavo, le crió la abuela como propio por quedarse huérfano a los treinta y cinco minutos de nacer del vientre de una pariente demasiado cercana. Así pues, ante tanta familiaridad, los lazos sanguíneos eran más bien amarras marineras que nos obligaba a todos frecuentar la misma casa de verano. Donde en uno de los cuartos de baño, Ovidio encerró una tarde de tormenta al pobre Perico y ató el picaporte con una cuerda diciéndole que un rayo había soldado las bisagras para que nunca nadie pudieran sacarle de allí, y que no valía que gritara pues los truenos le habían arrebatado la voz y nadie podía oírle.

La tía Leonor nos reunía a todos para contarnos su historia interminable de cuando joven, sin descanso; y en esas evocaciones nos salió con que la casa fue una vez hospital de campaña durante la guerra. Que los heridos estaban tendidos por el portal y las habitaciones de la planta baja, en colchones improvisados que la gente del pueblo pudo aportar. La tía Leonor tendría unos diez años cuando aquello, pero nos lo relataba con tanta intensidad que parecía como si la guerra aún continuara; y nos entonaba algunas de las canciones tristes y llorosas que los heridos menos graves ofrecían a los maltrechos para levantarles la moral, o

rezaban ante el cadáver amigo. Puso la tía tanto empeño en su hazaña recordatoria y explicativa que por un tiempo nuestro juego se basó en el dramático cuadro, y allí, todos tumbados sobre mantas y esteras cantábamos, nos lamentábamos y moríamos como los pobres combatientes del 36, y para no desmerecer en nuestras artes teatrales arrancábamos mangas, cuellos y botones a las camisas en desuso y untábamos de mercromina nuestras manos y cara de forma tan escandalosa, que luego, cuando salíamos a la calle, dejábamos rastro de transeúntes boquiabiertos contemplando a los seis primos pintarrosos. Nunca supe si por apariencia de apestados o dementes.

Otra historia que se contaba de la casa, es que la familia iba hacer una aportación para la iglesia y encargó un gran Cristo crucificado. Desde que llegó la imagen de tamaño natural hasta que se subió al santo lugar, pasaron varias semanas, y papá, tío Gustavo para los demás, se pasaba las horas muertas, extasiado, mirando el crucificado. No comía. No dormía. No estudiaba. Todo el tiempo se le iba de forma contemplativa, que hasta pensó la abuela si no sería una señal divina y una llamada del chico para el seminario. Pero no. Papá se empapó de cada pliego, cada arruga, de la expresión febril, del gesto doliente, del costado herido, para luego dibujarlo en su cuaderno –que a manos de artista no le ganó nadie. Y allí andaba el dibujo enmarcado, presidiendo el mismo cuarto y lugar donde estuvo el original. A Tadeo le faltó poco para hacer de Cristo y posar por eternos ratos en calzón corto y con su escuálida consistencia emulando la historia oída, pero asomado al balcón que daba a la calleja para ser contemplado, sobresaltando a todo el que pasaba, que hasta una corona de espinas le había confeccionado Ovidio haciendo que todo pareciese más real. Para lo del costado hubo que detener con todas nuestras fuerzas al intrépido de Ovidio, pues quería hacerle una incisión, cuchillo en mano, al inofensivo e indefenso Tadeo.

A Otilia le encantaba rebuscar por los arcones y encontrar trajes viejos de la bisabuela, sombrillas, abanicos, camafeos, sombreros, escapularios, guantes, boas de plumas. Que la “bisa” era una coqueta y coleccionó afiches en su mocedad. A la abuela le dio pena tirar aquello por el valor sentimental más que otra cosa, y a las mamás y a la tía también. Otilia, que era boba toda ella: en sus formas, en su habla, en sus razonamientos, era la más parecida físicamente a la abuela, pero no era mala, que la verdadera pécora era Juana María, pues siempre andaba aleccionándonos como si fuera nuestra maestra. Ella era la más. Se metía con Otilia porque entre ellas nada había en común, y arremetía contra mí porque

me pasaba las horas entre cuadernos. Pero un día, le estuvo bien empleado, por querer hacerse la interesante sabelotodo, increpar a Otilia, reírse de las desgracias de Perico por culpa de Ovidio y llamar birria a Tadeo, se le cruzó por entre las piernas un ratoncillo, de los que de cuando en cuando circulaban por la casa escapados de la cámara o la bodega sin que nadie les convidara al jolgorio familiar, y del respingo tan exagerado que dio la muy bruta, saltó por los aires primero, rodó escalera abajo después, y aterrizó con la boca abierta sobre el suelo recién encerado; por fortuna no le pasó nada, a exclusión de cinco dientes rotos y una sonrisa mellada hasta finales del verano. Aquel motivo sirvió al resto de la chiquillería, para que todos unidos añadiésemos a su frase de “yo soy la más”, el evidente especificativo de “desdentada”. Y nos exhibíamos frente a ella como pavos de los jardines de palacio, con los bocadillos de jamón, chorizo o chocolate, que cualquiera de las mamás o la tía nos preparaban a diario, mientras que la sin dientes se conformaba con tristes papillas de Maizena.

Los veranos pasaban como si nada fuese capaz de modificarlos. Luego el ciclo se aceleró y los seis primos acabamos como las ramas del viejo olmo al que trepábamos de niños, por lo que la comunicación ya era cosa del viento. Volvió a paralizarse el reloj. Pero, de buenas a primeras los acontecimientos familiares comenzaron a sucederse con una celeridad inusual. Ovidio y Juana María que se habían afincado fuera, decidieron regresar con sus respectivas cortas familias: un lacayo y un perro el primero; dos hijos sin padre la segunda. Tadeo anunció que retomaba la impartición de sus clases de Literatura francesa y desde ese momento, Montaigne, Maupassant, Stendhal, Flaubert, Balzac o el mismísimo Víctor Hugo fueron más de su interés que el entierro de tía Leonor. Otilia dependía tanto del Prozac, que igual le pedía consejo para comprarse unos zapatos, como para comenzar una nueva relación. Mi pobre Perico se sostenía cada vez más inestable. Y yo, con la sempiterna intención de hacer una novela no hallaba tema; además, luego estaban las traducciones de sánscrito.

Fueron llegando también las ausencias de las mamás y los papás, así, como gotas de fuente, unas tras otras. La muerte de la tía Leonor fue la última y con ella la herencia definitiva de la casa.

- Me quedo con ella –había soltado sin titubeo. Como refugio para trabajar –aclaré.

Había pasado un mes desde que la casa era suya y no había encontrado sosiego. La traducción de sánscrito, paciente, seguía a la espera.

Empezó en la primera escapada por hacer algunas modificaciones apenas apreciables, pues como nadie quiso desbaratar el escenario llevándose muebles o recuerdos y todo quedó en su sitio, lo de allí lo puso aquí y lo de allá acá. En la segunda, fabricó pequeños aposentos para los libros que precisaba tener cerca e hizo acopio de cientos de cuartillas, suficientes cartuchos de tinta para la impresora, cuadernillos con apuntes, botes para lapiceros y botes de isotónicos. En la tercera, pensó que tanto silencio no era bueno, pues durante la concentración asaltaban ruidos inexistentes: los cadenciosos pasos de los primos acompañados de sus peculiares risas infantiles; las muletillas de las mamás con “¡No os peguéis!”, “Ovidio, que te conozco”, “Basta ya, Juana María”, “No llores Tadeo”, “Dejad tranquilo al pobre Perico”, “No seas bobá, Otilia”, “Te vas a dejar los ojos con tanta lectura, Lucrecia”; las siempre aburridas conversaciones de los papás; las lamentaciones de los heridos en boca de la tía Leonor; las canciones de los menos graves “No te mueras, resiste compañero, que tras el campo de batalla, te esperan, de amor, unos labios con besos y un te quiero”; y hasta el suspiro espiratorio de la imagen crucificada. No era miedo, pero para la próxima vez, decidió que pondría un equipo de música. Y en la cuarta, ya con el piano de George Winston, y tras haber estructurando la tarea, dado un primer sorbo a la bebida isotónica, dispuestas las cuartillas, el ordenador encendido, el diccionario a mano, entreabierto la ventana..., se coló la parte más triste del pasado: cuando la abuela lloró la infidelidad del abuelo, los tíos Serafín y Nicolás comenzaron a distanciarse sin dar explicaciones, cuando ya hombres Ovidio y Tadeo llegaron a las manos sin ser un juego, cuando Otilia fue desvirgada de un mal golpe, cuando a Perico le diagnosticaron la enfermedad, o cuando el derrumbe del tejado tras un fuerte aguacero dejó una parte de la casa al aire.

El coche rodaba a una velocidad no permitida, cuando el viejo olmo salió a su encuentro y acarició el techo con una de sus ramas, para advertir que aquella temeraria conducción no se justificaba ni por una urgencia; efecto que ella percibió como si le hubiera pasado un peine por los cabellos, y entonces, entre reducciones, asomó la idea de cuando se desenredaba en el rincón de peinar. Un ángulo del cuarto de la abuela, a modo de pequeño reducto íntimo, donde un tocador y varias cajitas guarda-peines y peinadores hacían las delicias de las primas. Las niñas se sentaban en el butacón frente al espejo y la abuela pasaba por

las melenas cada uno de sus cepillos y peines de carey; luego, cuando ella faltó, ya nada fue igual.

La ventanilla abierta refrescó su nuca tapada por una ligera melenita. Los últimos compases de Carros de fuego llegaron cuando el Lancia se detuvo. La casa. La casa no ardía. No pudo precisar el lapso de aquel lumínico alboroto que no entraba en sus planes, de aquel espejismo repentino que apareció sin aviso, pero interpretó el suceso como un libro donde pasar página o un cuaderno en blanco. Sin olvidarse de la traducción de sánscrito, se quedó con el cuaderno.

Niebla en la piel

[Accésit del VII Concurso de literatura de la UCM "La Biblioteca de Babel"]

Víctor Villapalos

Los indios Nepotche, de la insondable selva boliviana, pensaban que Xuhalta, Diosa de la muerte, siempre iba cubierta por un fino velo blanco. Creían que la extraña palidez que cubría el cuerpo en su agónico final, entre decrépitos estertores, era producida por la prenda de la Diosa que envolvía al moribundo para arrancarle su alma. Por eso, cuando los supersticiosos ancianos del poblado pasaban cerca de la pálida niña que encontraron cerca del río ancho, evitaban cruzar la mirada con ella porque sabían que era compañera de la muerte, y ni el más viejo del lugar estaba dispuesto a tentarla antes de tiempo.

Decían que la niña tenía el curioso reflejo del cielo en la mirada, pero el llanto de una pantera enfurecida. El poblado tardó dos noches en decidir lo que harían con ella. Los ancianos de las diferentes familias se reunieron varias veces porque ninguno de ellos quería hacerse cargo en su maloca de tal engendro. Unos pretendían espantar a los malos espíritus con extraños rituales, siguiendo la tradición Nepotche; otros, devolverla al lugar donde la encontraron y abandonarla allí de nuevo. Todos estaban temerosos de las consecuencias que traería una decisión equivocada. Todos menos Píkami, una vieja viuda que, finalmente, convenció a los ancianos para que le permitieran quedarse con ella. A cambio, se encargaría de sus cuidados y de mantenerla apartada del resto de la tribu. Al parecer, a Píkami ya se le habían muerto sus dos hijos hacía mucho tiempo: el primero de ellos unas horas después del parto; el otro murió en una cacería en la montaña, cuando, cayendo por una pendiente, una de las flechas envenenadas que llevaba le atravesó la pierna. En el poblado dijeron que apenas sufrió, que murió en paz y que se encontraría sentado junto a Nuh, Dios de la lluvia, velando por su pueblo. Pero según parece, Píkami no quedó convencida de las tesis que proponían los ancianos, ni encontró alivio a sus lamentos, ni tampoco aliento que explicara por qué Nuh le había arrancado de sus brazos a su hijo siendo aun tan joven.

Contaron que durante algún tiempo consiguió saciar el hambre de la pequeña a base de mañoco de yuca, pero días más tarde ya no encontró consuelo que calmara los sollozos de la niña. Temían tanto que sus lágrimas envenenadas transformaran su cólera en enfermedad y muerte... Los ancianos desconocían qué

clase de naturaleza podría apaciguar la furia de tan peligrosa amenaza, y sin embargo, Píkami, que veía en ella un alma inocente y vulnerable, trataba de buscar la manera de mantenerla a salvo.

Al parecer, cuando comenzaba a llover de forma abundante, muchos miraban con ira a la pequeña; pero si descampaba y las nubes daban paso a un sol abrasador, eran otros los que maldecían su presencia. Cualquier pretexto servía para cargar sobre ella la culpa de toda desgracia, incluso el más rocambolesco suceso despertaba aun más la animadversión de la aldea. Así, a los meses de su acogida, todo el poblado acordó acabar con la pesadilla que no les dejaba vivir con la paz que antes les era habitual. Píkami suplicó que no lo hicieran, que ella se encargaría de sacarla de poblado. Dijeron que barajó la idea de viajar con ella río abajo hacía los dominios de los Pacahuara y pedirles su protección, pero posiblemente estos hubieran reaccionado igual que los Nepotche. Sabía que viajando solas nunca sobrevivirían más de dos noches en la selva, pero quedándose en el poblado posiblemente tampoco.

Dios quiso que el hermano Marcelo y yo encontráramos ese poblado de indios sanguinarios y pudiéramos sacar a la niña de aquel agujero donde unas horas antes había sido sepultada. Ambas habían sido enterradas vivas, al estilo Nepotche, bajo medio metro de tierra y un fuego que llamaban “purificador” hecho con las pequeñas hojas de un arbusto que masticaban erráticos. Aquellos salvajes nunca habían visto a una niña albina. Incluso el indio que nos guiaba hacia el interior de la selva palideció al verla salir de la pequeña fosa que había pretendido ser su tumba, como un descolorido muerto de ojos claros que volviera a la vida, como un muerto que hubiera tratado de sortear a su destino. Las localizamos porque al encontrar el poblado oímos unos gritos desgarradores que cortaban la respiración. Mientras, la tribu permanecía impassible esperando su trágico final. Desenterramos los cuerpos ante las miradas desencajadas de los hombres que previamente las habían soterrado. La vieja Píkami yacía muerta. La niña, con su pequeño cuerpo cubierto de barro pegajoso y su azulada boca, exhausta bajo la tierra, respiraba con dificultad.

Los Nepotche no perdonaron nuestra afrenta y no nos dejaron hacer noche en el poblado. Salimos de allí con la pequeña sin perder tiempo, antes de que el día diera paso a una noche oscura en la selva.

Concurso Logotipo Revista Leguein Leguein

Ganador:

Sergio Aguilera Rubio



ENTREVISTAS

Entrevista a Ignacio Zubia, bibliotecario de la Biblioteca Pública de Elorrio Zuriñe Piña



Fotografía del Ayuntamiento de Elorrio. Fuente: Google

Elorrio es un municipio de la provincia de Vizcaya de alrededor de 7.000 habitantes, situada en la comarca del Duranguesado. Se fundó y amuralló en el siglo XIV, y cuenta con un extraordinario patrimonio monumental con casas blasonadas y bellos palacios. Aunque su base económica es la industria Elorrio mantiene una intensa vida cultural, sustentada en algunas de sus instituciones culturales y educativas, como la biblioteca.

Se trata de una biblioteca perfectamente adecuada no sólo para ofrecer sus servicios a los usuarios, sino también para ser un centro de cultura, educación y un punto de encuentro para las personas del pueblo. Actualmente es parte de la Casa de Cultura municipal, Iturri, y está dividida en salas según edades: para adultos y para niños. La sala infantil cuenta incluso con una habitación equipada para bebés, llamada “bebé-teca”.

Esta biblioteca ha sido reformada hace poco tiempo y cuenta con instalaciones modernas, fondos permanentemente actualizados y amplias zonas para la consulta en sala y el estudio. La biblioteca de Elorrio, que lleva funcionando con gran éxito desde hace muchos años, ha organizado una gran cantidad de actividades de ocio y difusión a la lectura y ha sido clave para que varias generaciones de elorrianos se hayan acercado a la lectura. Hemos entrevistado al bibliotecario,

Ignacio Zubia, acerca de las actividades de su biblioteca dedicadas al ocio y la difusión de la lectura.

P. ¿Tenéis un plan ya creado para actividades de difusión y animación a la lectura?

R. Por lo general suelen ser cosas sueltas. Por ejemplo, tenemos organizado un cuentacuentos infantil un par de veces al año, para niños de siete a diez años. Lo hemos organizado con los colegios de la zona. Antes, solía hacerse por las tardes, fuera del horario escolar. Pero acabó resultando un problema porque se juntaban niños de todas las edades, aunque la actividad estuviera prevista para una franja de edad determinada. Así que se decidió hacer en horario escolar, con grupos no superiores a treinta.

P. ¿Qué actividad crees que es la que ha tenido más éxito?

R. Yo diría que el concurso de lectura. Empezó en Durango (un pueblo de la zona), aunque lo dejaron poco después. Es para menores de dieciocho años que residan en Elorrio. Consiste en que, por cada libro que lean, deben rellenar una ficha con un resumen, su opinión y algunas preguntas sobre el libro; se hacen sorteos y se dan premios a los niños que más han participado. Creemos que se trata de una actividad muy completa, ya que anima a los niños a ir a la biblioteca, a leer, comentan libros entre sí... Por suerte, hemos tenido subvenciones del Ayuntamiento y del Gobierno Vasco.

P. Eso significa que habéis tenido un apoyo externo.

R. Sí, así es. En este caso, con el dinero de las subvenciones hemos podido comprar los premios para los participantes y para los ganadores, que consisten en vales para gastar en comercios del pueblo. Para los participantes, regalamos material escolar. Este año han tocado pen-drives para los mayores y pinturas para los más pequeños. También tuvimos un premio sorpresa: un mp3. Por parte de las personas del pueblo también hemos tenido colaboradores, como Silvia Morero, que ha diseñado los carteles del concurso todos estos años y a la que hemos hecho un homenaje.

P. ¿Qué otras actividades habéis organizado con las escuelas?

R. Por ejemplo, unas jornadas acerca del acoso escolar y la violencia verbal. Los alumnos vinieron a la biblioteca en horario escolar, junto con el colegio, se hicieron representaciones de marionetas para sensibilizar a los niños sobre este problema. El año pasado hicimos un taller de lectura dramatizada.

P. ¿Y en qué consistía?

R. Consistía en que escoger un libro y dramatizar la historia que se cuenta en él. Este año tocó “La conferencia de los animales”, de Erich Kästner, en el cual se reúnen todos los animales para solucionar los problemas del mundo. Nos pareció interesante porque llama a la reflexión, y anima a los niños a plantearse qué es lo que va mal, la ecología y la responsabilidad del ser humano. Participaron niños de cuarto y quinto de primaria, representando la lectura con juegos de cuerdas, dibujos... Tuvimos la colaboración del Teatro Arriola y la Casa de Cultura de Elorrio. Para coordinar la actividad trabajó con nosotros el grupo de teatro Panta Rhei, de Vitoria, y Jone Irazabal, que además de ser la maestra de estos niños también ha trabajado como actriz.

P. ¿Alguna vez habéis organizado un concurso de cuentos?

R. Así es, de hecho hemos publicado los relatos ganadores. También participan las escuelas: uno de los trabajos de la asignatura de euskera es escribir un cuento, el cual luego se manda a la biblioteca. Es más bien una actividad del colegio coordinada por la biblioteca. Sin embargo, con el tiempo ha pasado a ser una actividad coordinada por la sección de euskera del Ayuntamiento de Elorrio, y se dejó de hacer.

P. Por lo que veo, la biblioteca también ha sido la coordinadora de actividades llevadas a cabo por otros centros.

R. Sí, e incluso es sede para llevar a cabo iniciativas de otras personas. Por ejemplo, Jone Irazabal, de la cual ya hemos hablado, creó un taller de expresión teatral para adolescentes de entre dieciséis y dieciocho años. Durante una semana, se dieron clases para aprender a manejarse dentro del teatro: superar la timidez, expresión corporal...

P. ¿Qué otras iniciativas “diferentes” habéis organizado?

R. El Gobierno Vasco promocionó un concurso de fotografía cuya temática eran los libros, en el cual participamos junto con un colegio de aquí. Participaron los alumnos de cuarto de la ESO, e incluso crearon un montaje. Sin embargo, no guardamos muy buen recuerdo porque el trabajo de los alumnos ni siquiera se mencionó y simplemente se limitaron a dar los premios.

P. ¿Y qué actividades habéis organizado para adultos?

R. Siempre hemos trabajado más con los niños. En el caso de los adultos, lo que hemos hecho ha sido organizar presentaciones de libros, con autores no muy conocidos. En una ocasión vino a nuestra biblioteca el jefe de distribución de la editorial Basarai, que se ha especializado en narrativa con contenido social y literatura alternativa.

P. ¿Cuáles son las ideas que tenéis para el futuro?

R. Estamos interesados en que la biblioteca sea un foco para la preservación y la difusión del patrimonio cultural e histórico de Elorrio. Hemos podido llevar a cabo tareas como la recopilación de todos los números existentes de la revista “Arguiñeta”, del año 1965. Se trataba de una revista editada en Elorrio, en la que se publicaban noticias relacionadas con el pueblo, las actividades culturales y deportivas, publicaciones de interés local... Se editaron cuarenta y siete números, y gracias a la colaboración de las personas del pueblo, la Diputación de Vizcaya y la Universidad de Deusto se han podido conseguir todos los números, los cuales hemos digitalizado. Por supuesto, seguiremos llevando a cabo las actividades que hasta ahora han tenido éxito, y estamos abiertos a nuevas ideas e iniciativas.

COMIC

Jorge Kristo



GALERÍA FOTOGRÁFICA

“La colección fotográfica Laurent del Museo Textil de la UCM. Tipos y Trajes Populares”: ¿Cómo se hizo?

Fotógrafo: María Olivera Zaldua

El montaje fue llevado a cabo en dos turnos teniendo en cuenta la disponibilidad de los alumnos.

Turno de Mañana:

En este turno se llevó a cabo la mayor parte del trabajo consistente en la preparación de las piezas; por un lado los trajes (cuyo trabajo se realizó en el Museo Textil con la coordinación de María Teresa de León-Sotelo y Amat) y por otro la preparación de los carteles expositores de la muestra fotográfica J. Laurent (con la coordinación de María Olivera Zaldúa, J.M. Sánchez Vigil)



A la izquierda María Olivera Zaldúa y al fondo Verónica de Paz



María Jesús García Martín



Con bata azul Rosa Inés Pérez Donoso, a la izquierda Sofía Isabel Varela Pose, y María Teresa de León-Sotelo y Amat a la derecha de la imagen.



Sofía Isabel Varela Pose



María Jesús García Martín



Ricardo Gutiérrez Montero, Sara Herguedas y Paulina Bravo Castillo



Jesús Fernández-Dávila García y Francisco José Campollo de Miguel



Sara Herguedas Pérez, Francisco José Campollo de Miguel, Ricardo Gutiérrez Montero, Paulina Bravo Castillo y María Teresa de León-Sotelo y Amat



Ricardo Gutiérrez Montero

Turno de tarde:

Una vez terminado el trabajo en el Museo Textil las piezas se bajaron hasta la Sala de Juntas, donde se expusieron, y se terminó la actividad iniciada por el grupo de mañana que se había encargado de la muestra fotográfica.

Para terminar el montaje faltaba dar a conocer la exposición a los miembros de la facultad, por lo que se procedió a colgar los carteles informando de la misma.



Silvia Amor Monreal. Francisco José Campollo de Miguel, Silvia Cobo Serrano, Alejandra Rodríguez Campos, Irene López Díaz e Ignacio Gómez Framiñan, Beatriz Hernando Robledo



Sofía Isabel Varela Pose con una de las piezas de la exposición



María Teresa de León-Sotelo y Amat,
Sofía Isabel Varela Pose y Rosa Inés
Pérez Donoso



María Teresa de León-Sotelo y Amat



Una de las piezas de la exposición



J. Miguel Sánchez Vigil

En las fotografías aparecen los alumnos del Máster en Gestión de la Documentación y Bibliotecas de la asignatura “*Documentación Fotográfica e Iconográfica*”, impartida en la Facultad de CC de la Documentación (Universidad Complutense de Madrid) por el profesor J.M. Sánchez Vigil, quienes colaboraron en el montaje de la exposición “La colección fotográfica Laurent del Museo Textil de la UCM. Tipos y Trajes Populares”.

Aparecen también los coordinadores de la exposición, María Olivera Zaldúa (Investigadora del Ateneo de Madrid), J.M. Sánchez Vigil (profesor de la Facultad de Ciencias de la Documentación) y María Teresa de León-Sotelo y Amat (Responsable de la colección pedagógico-textil del la UCM)

Comentarios de los alumnos

“Para mí ha sido un privilegio el haber tomado partido en la elaboración de la exposición sobre la colección Laurent del museo textil de nuestra facultad. Hay que tener en cuenta que las fotografías que allí se guardan no son más que una pequeñísima parte de la gran obra que este excepcional fotógrafo realizó a lo largo de su vida. Aún así, al ver cada foto, notabas cómo cada uno de los anónimos retratados de los pueblos de la España del siglo XIX te hablaba, y te abría una puerta al pasado, a su época. En definitiva, ha sido una experiencia estupenda.”

Ricardo Gutiérrez Montero

Un día en la facultad: 18/11/2009
Beatriz Hernando



Los alumnos de Máster de la Asignatura "Documentación Fotografía e Iconográfica" estuvieron fotografiando desde las ocho de la mañana hasta las nueve de la noche, tanto los alrededores de la Facultad de CC de la Documentación como a alumnos, profesores, y personal de administración y servicios.



El trabajo se repartió entre seis grupos:

Grupo 1: 8:30-11.00

Miembros: Paulina Bravo, Verónica de Paz, Marta Heras, Clara Suárez.

Estuvo en la facultad durante las dos primeras horas de la jornada, de 8:00 a 10:00. Sus componentes pudieron fotografiar a D. Carlos Tejada y D. José M^a de Francisco Olmos en sus despachos a primera hora.

Grupo 2: 11:00-13:00

Miembros: Jesús Fernández-Dávila, Ricardo Gutiérrez y Sara Herguedas.

Se encargaron de captar a D. Antonio Carpallo Bautista realizando sus tareas habituales en su despacho. También nos pudieron deleitar con una instantánea de la secretaría y unas vistas de la barra de la cafetería desde otra perspectiva.

Grupo 3: 13:00-15:00

Miembros: M^a Jesús García Martín, José Luis Menéndez Novoa

La comida fue el principal objetivo de este grupo de fotógrafos.

Grupo 4: 15:00-17:00

Miembros: Silvia Amor Monreal, Rosa Inés Pérez Donoso, Sofía Isabel Varela Pose.

Este grupo tuvo el atrevimiento de mostrarnos qué ven nuestros informáticos desde sus asientos, y el trabajo de D. Juan Miguel Sánchez Vigil y Dña. María Oliveira Zaldua.

Grupo 5: 17:00-19:00

Miembros: Silvia Cobo Serrano, Ignacio Gómez Framiñán, Beatriz Hernando Robledo, Irene López Díaz, Tamara Pajares Álvarez, Alejandra Rodríguez Campos.

La actividad en la facultad ya iba siendo menor y costaba encontrar instantáneas pero no se salvaron del flash, ni el mensajero de las cinco tarde, ni los profesores D. Jonathan Zábala Vázquez ni Dña. Isabel Portela, ambos trabajando, en la hemeroteca y el despacho, respectivamente. Nos ofrecieron la oportunidad de ver desde dentro la secretaría de la facultad y la reprografía. Además de ver en activo a los alumnos de esgrima del CP Rufino Blanco con una fotografía del interior del gimnasio tomada desde la Sala de Juntas y la mochila de D. Juan Antonio Martínez Comeche.

Grupo 6: 19:00-21:00

Miembros: Juan Pablo Blanco, Francisco Campollo de Miguel, Pilar Hernández Dopazo.

La noche y la oscuridad llegaron a la facultad. Poco a poco las clases iban finalizando y sólo quedaba gente en la cafetería. Mientras en la biblioteca se hacía eco la soledad.



Paneles expositores de las fotografías de "Un día en la Facultad: 18/11/2009"
Beatriz Hernando



Grupo 1



Grupo 2



Grupo 3



Grupo 4



Grupo 5



Grupo 6



Las fotografías expuestas en la exposición han sido realizadas por los alumnos del Máster en Gestión de la Documentación y Bibliotecas. En cambio, la autoría de las fotografías de este artículo y las del artículo Un día en la Facultad han sido realizadas por Beatriz Hernando Robledo, alumna del mismo.

NUESTROS AUTORES EN LA RED

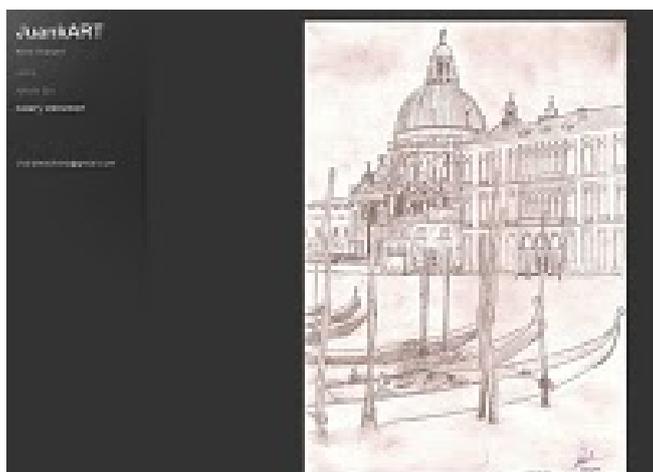
Hemos abierto un espacio en el que queremos contribuir a la difusión y el conocimiento de espacios web de los colaboradores de esta revista y así agradecer vuestra participación en la revista.

Así es que si tienes un blog y quieres que se conozca mándanos el link y unos datos sobre el mismo a nuestro e-mail.

JuankART

Juan Carlos Ruiz Miranda, compañero de la facultad ha creado recientemente en Internet un portfolio donde publica sus creaciones artísticas. Ya nos ofreció alguna de sus obras como colaboración en esta revista y desde aquí queremos darle las gracias dando a conocer su portfolio "JuankART".

Esto es sólo una pequeña muestra de lo que podrás encontrar si haces una visita.



Para hacer algún comentario sobre algún relato puedes utilizar la opción "comentarios" habilitada en nuestro blog. (<http://leguein.blogspot.com>)

Si quieres comunicarte con la revista envíanos un e-mail a

legueinleguein@gmail.com



Facultad de Ciencias de la Documentación
Universidad Complutense de Madrid
C/Santísima Trinidad, 37
28010-MADRID